

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Dentro del panorama de acontecimientos en los que suele debatirse la «liturgia de los centenarios», el relativo a la celebración de los cuatrocientos años de haberse concluido las fábricas del Monasterio de El Escorial, ha tenido una secuencia de actos, exposiciones y reuniones críticas, que sin duda y pese a la superficialidad con las que se han presentado algunas de estas manifestaciones, hacen patente la vigencia del Edificio a través de los tiempos.

Soportamos una época donde el «consumo cultural», desvanece y confunde a veces las interpretaciones teórico-críticas sobre las que operan los «animadores culturales», tergiversando en ocasiones las escorias de sus veleidades con la verdadera dimensión de las obras que manipulan. Indagar los orígenes y difundir las fuentes por las que discurre el proceso de creación y construcción de un conjunto como el de El Escorial, puede servir para aquellos que aspiran a un análisis riguroso de tan singular obra, como un medio donde encontrar nuevas enseñanzas e incrementar el corpus teórico, adecuándolo a las diversas lecturas de nuestro tiempo.

La cuidada edición que se presenta: FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL POR FELIPE II, del PADRE JOSÉ DE SIGÜENZA, es fruto de la colaboración del Instituto de Conservación y Restauración de los Bienes Culturales del Estado (Institución dependiente de la Dirección General de Bellas Artes) y Ediciones Turner. Una obra que encierra en sus páginas un excelente valor documental, unido a una notable prosa narrativa.

Su autor el P. José de Sigüenza, comenzó a escribir la obra hacia el año 1602, habiendo vivido en el monasterio, del que fue colegial, desde 1575. Testigo, por tanto, directo de cuantos acontecimientos narra, pese algunas críticas formuladas a lo largo de los años en sus diversas ediciones, achacándole excesivo énfasis en detalles menores y el no haber consignado circunstancias y hechos de mayor relevancia, la obra del P. Sigüenza sigue siendo un texto fundamental. Su marginación o injustificado olvido dañaría los testimonios bibliográficos que en el futuro se podrán realizar sobre el conjunto escurialense.

De su lectura podemos colegir, en una síntesis muy escueta, cómo los diversos discursos que enlazan la trama narrativa evidencian las analogías entre la forma arquitectónica como símbolo y su estructura edificatoria, cómo la mecánica que encierra el dato constructivo y el proceso que lleva a su ejecución

material se transforma en imágenes simbólicas sobre las cuales el arquitecto no es más que mero ejecutor. El P. Sigüenza en la cronología de sus discursos, deja bien patente cómo la necesidad de simbolizar es algo intrínseco a la colectividad y de qué manera cada época aplica sus propias opciones perceptivas.

Resulta esclarecedor comprobar a través de sus páginas, de qué manera se perfila el método de proyectar el conjunto escorialense, que no obedece al esquema lógico de un modelo o la copia del modelo. Los arquitectos y maestros de obra que operan en la configuración del prototipo, no responden al semblante de copistas análogos, se inscriben mejor en el título de inventores de fábricas simbólicas, ideadores de modelos más próximos a la imagen de un Palladio.

Al P. Sigüenza no se le oculta que la importancia de la obra está dirigida a consolidar una Arquitectura de Persuasión, persuasión «político-religiosa» en la que cimentaba sus resortes aquel poder casi omnímodo del rey Felipe II. La lectura de sus discursos, nos hace más comprensible las reducciones formales de sus muros, la limpieza estilística, la economía expresiva que reproduce la volumetría del monasterio y que tal morfología lo haga desde el soporte del léxico clásico. El clasicismo opera en el discurso arquitectónico escorialense como una auténtica herramienta de proyecto, pues el edificio no es un objeto arquitectónico cerrado, es un proceso abierto a la manera de trabajar de los arquitectos, como un modo de pensamiento operativo, no sólo del diseñador, sino de la propia sociedad de la que son emisarios los arquitectos. Construcción y fruición artística integrados a través de la técnica, que se desarrolla en el modo de proyectar para alcanzar la persuasión.

Materia, Luz y Espacio nos viene a señalar el P. Sigüenza, se empeñan en hacer patente su concepción utilitaria y funcional, pese a tan encarecidos requerimientos por plasmar los «modelos ideales». Concepción propia de una época que se esforzaba por integrar y explicar el mundo de lo real a través de la forma simbólica.

El discurrir narrativo del P. Sigüenza, pese a las lagunas que señalan sus críticos y aun siendo éstas evidentes, reflejan un cúmulo de datos tan homogéneos que hace fácil e inteligible la lectura de un edificio tan hermético y enigmático, pues nos introduce en un «corpus ideológico» pormenorizado, a una concepción disciplinar del método de proyectar su arquitectura y a un análisis compositivo de sus trazas, circunscrito todo ello a la época y ligado al universo de la arquitectura.

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA
Mayo de 1986